

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: “Mi Espíritu estará en medio de vosotros” –
Exhortaciones del profeta Hageo
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**“Mi Espíritu estará en medio de vosotros” –
Exhortaciones del profeta Hageo
(14 días)**

Día 1

Hag. 1:1

Su nombre significa “el que celebra” o “hombre de fiesta”. Él escribió un libro bíblico muy pequeño, llamado por su nombre: Hageo. El libro contiene sólo dos capítulos. Vemos que Hageo no es un hombre de muchas palabras, sin embargo estas eran suficientes para exhortar al pueblo de Dios y moverlo. No sabemos mucho acerca de su persona. No hay noticias de su lugar de origen, ni se sabe algo de su profesión laboral. Probablemente tenía más de setenta años cuando anunciaba en el lapso de cuatro meses, cuatro diferentes profecías.

Pensemos primero acerca de la época en la que Hageo vivía. El rey persa Ciro permitía en el año 538 a. Cr. a los judíos exiliados volver a su patria (comp. Esd. 1:1-4). Unos 50 000 judíos volvían de Babilonia a Jerusalén. Entre ellos estaban Jesúa (Josué) el sumo sacerdote y el gobernador Zorobabel (Esd. 3:2).

Pero, ¡que triste se veía todo! El hermoso templo de Salomón había sido destruido por Nabucodonosor en el año 587 a. Cr. Quedaron sólo escombros. Cuánto dolor deben haber sentido los que regresaban, ya que el templo era para los judíos el lugar donde podían adorar a Dios. Ahí habían experimentado antes la presencia de Dios. (Lea Sal. 84:1-12.) Esto mismo añoraban ahora muchísimo.

En el año 536 a. Cr. el pueblo de Dios comenzó con la reedificación del templo. Sus sentimientos eran una mezcla de tristeza y júbilo. (Lea Esd. 3:2-13.) El altar de los holocaustos se levantó, se buscó madera. Los albañiles y carpinteros recibieron sus tareas.

Pero la resistencia desalentadora y en parte también violenta, la lucha de supervivencia y otros aspectos hicieron cesar poco a poco la reedificación. En estos años casi sin darse cuenta se cambiaron las prioridades de los que habían regresado a su patria.

Día 2

Esd. 4:1-5

¡Cuánto habían esperado los judíos en la cautividad poder volver al país de sus antepasados! Ellos habían hablado y soñado acerca de los cultos a Dios en el templo. (Comp. Sal. 27:4; 137:1-3.) Y ahora mucho se había desvanecido. Ellos estaban en un estado de parálisis espiritual. Todavía hacían cultos a Dios y también se le ofrecía sacrificios. La ley se leía, pero prácticamente no habían consecuencias para la vida con Dios.

Todos estaban ocupados con las cosas cotidianas. Se percibía en todos las preocupaciones el propio adelanto y bienestar. El deseo de vivir bien aumentaba. Aquellos que habían salido del exilio con fe y esperanza, ahora estaban ocupados continuamente, pero desilusionados, cansados y desanimados.

Aparentemente sus anteriores metas de fe, su llamado y las promesas de Dios, ya no las tenían en cuenta. Así llegó el día cuando dejaron de trabajar en el templo. Por muchos años quedó a medio hacer. “Los que se habían quedado en Babilonia ya no querían volver, y los que habían regresado ya no querían trabajar en levantar el templo” (H. Frey). ¿Acaso no se dieron cuenta que habían desplazado a Dios al segundo lugar? Ellos sentían que no avanzaban, que las cosas eran difíciles, pero no lo interpretaron bien.

Por mucho tiempo el Señor no dijo nada. Pero después que pasaron dieciséis años, Él comisionó a Hageo a hablar con Zorobabel y Jesúa. Era la primera vez desde el exilio que Dios habló otra vez a un profeta. Hageo confrontaba a Zorobabel y Jesúa con la realidad y les demandaba una revisión de su vida. Leamos Hag. 1:2-11.

En este párrafo se describe primero la situación actual. Se ve la dura realidad: mucho trabajo de siembra y poca cosecha. Y lo que cosecharon no los alimentaba bien. Dios había retenido el rocío, que era señal de Su provisión. Entonces la sequía había terminado con todo.

Día 3

Hag. 1:2-8

Los hombres del pueblo de Dios se esforzaron mucho con su trabajo, sin embargo sufrieron hambre. Su empeño, esfuerzo y diligencia resultaban en desilusión. La cuestión no era una catástrofe natural, sino “una catástrofe divina”, comentaba un expositor bíblico. La conclusión de la gente desilusionada era: ¿Cómo podríamos entonces pensar en la reedificación del templo? ¿De dónde conseguimos motivación y fuerza? ¿De dónde vienen las finanzas? El Señor no los compadecía, sino los exhortaba a pensar distinto.

Dios ve la razón y el resultado al revés que ellos. No es cierto que el tiempo para levantar el templo aún no ha llegado. *No* porque la situación es tan mala, debe esperar el templo. *Sino* a ellos les va mal porque lo más importante pusieron en segundo lugar. *Porque* el Señor ya no tenía el lugar correspondiente en sus corazones y en sus vidas, *por eso* vivían una desilusión tras otra. Ellos vivían un estilo de vida opuesto a lo que Jesús dijo algunos siglos más tarde: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas os serán añadidas” (Mt. 6:33; lea 6:19-27).

Por medio de Hageo el Señor aclara: el templo no puede esperar, pero lo privado sí. Con esto Él los exhorta a reordenar su relación con Él: “Subid al monte, y traed madera, y reedificad la casa; y pondré en ella mi voluntad, y seré glorificado, ha dicho Jehová”.

Se trata de pasos de obediencia. Honrar a Dios significa dar al Señor la importancia por la alabanza, pero no solamente en palabras, sino con toda la vida, con obediencia y también con el cumplimiento del mandato: “¡Id allá!” Una demanda que desde el tiempo de Abraham hasta hoy nos llama a levantarnos. (Lea Gn. 12:1-4; Mt. 21:28-32; 28:18-20.)

Día 4

Hag. 1:2-13

“¡Reedificad la casa!” En el versículo 9 dice el Señor: “Es mí casa”. Ellos deben edificar el templo *al Señor, no a sí mismos*. ¿En que lugar edificamos nosotros? ¿Edificamos la casa de Dios o nos edificamos a *nosotros* un templo? ¿Nos importa la honra de Dios o la nuestra? ¿Buscamos el aplauso de la gente o queremos que el Señor pueda gozarse por nuestra entrega y obediencia? (Lea Gá. 1:10; Ef. 5:1.2; Col. 3:17.)

Muchos conflictos se podrían evitar o solucionar, si pusiéramos nuestra atención unidos a Él y a la meta propuesta: Se trata de la edificación del reino de Dios, para que el Padre sea glorificado. (Lea 1.P. 2:1-5.)

“¡Reedificad la casa!” Esto es un llamado al arrepentimiento y a la conversión. Por la obediencia se determina si Dios puede restablecer la relación con su pueblo. El llamado a edificar la casa es una tarea precisa del Señor; y lo que Él demanda también lo hace posible. A pesar de la confrontación se siente también la primera promesa: “ ... seré glorificado” (v.8).

Zorobabel, Jesúa (Josué) y todo el pueblo aceptan la exhortación. La dejan entrar en su interior. Ellos no se encierran en una torre de auto-justificación y propia justicia: Uno hace todo bien a su propio parecer, pero los otros ..., ellos son ... Uno encuentra muchas cosas equivocadas, malas y lamentables. Con ese juicio crítico uno se pone muy encima y no se da cuenta que el propio corazón está lleno de orgullo, falta de perdón y quizás también con amargura.

En Jerusalén el Señor tiene el permiso de amonestar y exhortar a los líderes y al pueblo y decirles lo que Él quiere de ellos. Ellos están dispuestos a recibir corrección y de cambiar su manera de pensar y actuar, dispuestos para obedecer. (Lea Stg. 3:13-18.)

Día 5

Hag. 1:14

“... y vinieron y trabajaron en la casa de Jehová de los ejércitos, su Dios”. Preguntémosnos: ¿Cuándo fue la última vez que me dejé corregir y exhortar del Señor? ¿Le permito que Él demande de mí un cambio de pensar y actuar? ¿Con cuáles consecuencias? El que acepta corrección de Dios, “a aquel Dios habla nuevamente y las bendiciones no cesarán” (H. Coerper).

Leemos el segundo discurso de Hageo en cap. 2:1-9 y meditemos: *1. la triste realidad (v.1-3)*

La fecha mencionada en el versículo 1 demuestra que Hageo habló al pueblo en el último día de la fiesta de los tabernáculos. Él se refiere a los de más edad, los que tienen más de setenta años, quizás que tengan setenta y cinco o ochenta o más años. Hombres y mujeres que no habían nacido en el exilio, sino los que habían vivido y experimentado la deportación de Jerusalén y del país de sus antepasados. Qué pequeño y pobre les debe haber parecido lo que ellos ahora querían hacer.

¡Qué hermosura representaba el templo de Salomón! ¡Qué diferente eran las condiciones de la edificación en aquel tiempo! David había preparado el material para la edificación del templo con todo cuidado. No existía en aquel tiempo carencia de trabajadores (1.R. 5:13). Había abundancia de todo: Material de construcción, herramientas, personas que podían trabajar. Había recursos sin límites.

¿Y ahora? “¿No es ella como nada delante de vuestros ojos?” ¡Como nada! ¡Qué impresión aplastante! Desilusión, desánimo, resignación, dolor y dudas, todo esto sentimos en estas palabras. ¡Como nada!, esto era para los involucrados la triste realidad. Ellos experimentan la prueba de la segunda generación, que debe comenzar algo nuevo y no sabe bien, si realmente valdría la pena. Se sentía mucho más cerca la pasividad, el querer dejar todo así como va, que actuar con fe. (Lea Jos.1:1-9; He. 12:1-3.)

Día 6

Hag. 2:3

“¿No es ella como nada?” Así probablemente preguntamos nosotros también al ver nuestro “lugar de construcción”. Podría llamarse escuela, habitación en un hogar para ancianos, departamento en un hospital, cocina o jardín, oficina o casa familiar, tarea de predicación, taller o quizás situación de jubilado... ¿No se ve como nada? ¿Acaso no parece todo pequeño, sin importancia, penoso, inefectivo? ¿Cómo será posible que ahí se manifieste la gloria de Dios? ¿Acaso antes el Señor se podía glorificar mucho más?

También nuestra comunidad como seguidores de Cristo es como un “lugar de construcción”. También ahí se debe poder manifestar la gloria del Señor. Por eso es tan importante que cada uno colabore allí. ¡No se retire del lugar de construcción! Sobre él hay una gran promesa.

Que el lugar de construcción “comunidad” es muy atacado experimentan todos aquellos que viven en una comunidad. Dominik Klenk, el exlíder de la comunidad “Ofensiva de jóvenes cristianos” escribió: “Con el tiempo cada vez más nos dimos cuenta que la cuestión céntrica de nuestro tiempo es esta, ¿cómo puede prosperar una comunión auténtica? Si fuera entre dos personas o en un pequeño grupo familiar o en la iglesia o como iglesia global, se ve nuestra incapacidad de llegar a una comunión fructífera.

Esa incapacidad tiene una dimensión espiritual. Ella evita el obrar del Espíritu Santo en este mundo. Estamos conscientes que cualquier rotura o traición de comunión significa la victoria de los poderes destructivos. El diablo es el productor de confusión y separación de cualquier comunión humana. Él actúa a propósito, pues la comunión auténtica es la imagen de Dios en este mundo. Dios mismo en Su trinidad es comunión. La verdadera comunión es mucho más que un hermoso ideal. Es la ofensiva de Dios contra los poderes destructivos del mundo”. (Lea 1.Co. 1:4-7.10-13; 3:5-7.16; Fil. 1:27-29; 2:1-4.)

Día 7

Hag. 2:3

En un libro que trata acerca de la comunión de creyentes se lee lo siguiente: “En el tiempo de la fundación de una comunidad es fácil mantener ardiente la llama de heroísmo. Las tensiones con los de alrededor impulsan a actuar con valentía y bondad. Uno no se quiere rebajar. Más difícil se torna al pasar los años y cada uno tiene que arreglarse con las propias limitaciones. Ya no hay heroísmo. La vida cotidiana parece sin gusto.

Todas aquellas cosas de las cuales aparentemente nos hemos separado, vuelven a resurgir con poder seductivo: la comodidad, la necesidad de seguridad, el temor de ser molestado. Uno ya no tiene fuerza para resistir a la seducción a dominar la lengua y perdonar a los demás. Si el amor no se manifiesta en hechos y palabras, entonces es simulación e hipocresía” (J. Vanier).

¿No se ve como nada?, pregunta Dios a su pueblo. Y, ¿si nos preguntara a nosotros?

- ¿Qué le podemos ofrecer como lugar de Su presencia? ¿Como lugar donde se puede manifestar Su gloria?
- ¿Acaso es nuestra familia o nuestra comunidad, el lugar donde vivimos, un lugar así?
- Si nos observamos a nosotros mismos, ¿es nuestra vida un templo del Dios viviente? ¿No se ve como nada?

¡Qué bueno, que el Señor no se deja engañar, sino que habla con nosotros acerca de nuestro “nada”! Para Él nuestro “nada” no es el fin de la historia de Su reino. Hay promesas para apropiarnos: Is. 41:14; 42:3; 44:1-8; Jer. 1:4-8.

Día 8

Hag. 2:3-5

“Como nada”, así comienza Dios Su obra. Vale mucho meditar acerca de estas condiciones de construcción en el reino de Dios. Como nada, parecía el comienzo que Dios hizo con Abraham en una humanidad apóstata. Como nada parecía el pequeño David frente al gigante Goliat. Como un grano de mostaza es aquello que Jesús comenzó en este mundo. ¡Qué bendición! El Señor no espera que nosotros en nuestra propia fuerza tengamos que construir. No lo tenemos que lograr en nuestra vida personal, ni en el lugar de acción, ni en nuestra comunidad. En aquel entonces el Señor dio a su pueblo una triple promesa de aliento.

2. La triple promesa (v.4.5)

La primera promesa encontramos en Hag. 2:4: “Cobrad ánimo y trabajad; porque yo estoy con vosotros, dice Jehová de los ejércitos”. Nuevamente se habla a todos. Aquel, quien tiene que ocuparse de las cosas prácticas y civiles, Zorobabel, el gobernador ejecutivo. Aquel quien es responsable por los servicios espirituales, Josué. Y todo el pueblo. Todos están involucrados, todos necesitan esta motivación triple.

No solo en aquel tiempo el pueblo estaba en peligro de dar lugar a la resignación y al desánimo. También hoy muchas situaciones y cosas nos quieren robar el valor y la esperanza. Alguien comentó: “La resignación es la tarjeta de recomendación del diablo, esa no deberíamos recibir”. Si estamos confiados el desaliento no se puede anidar. No estamos entonces debilitados por pensamientos de preocupación, sino fuertes interiormente y aptos para actuar.

“¡Trabajad!” Este es un mandato claro y preciso. Dios no quiere levantar el templo por los persas, ni permite de que caiga el templo desde el cielo. A pesar de todas las resistencias externas y los problemas diarios, los hijos de Dios deben seguir con la construcción del templo. (Lea Mt. 20:1-15; 25:34-40; Jn. 13:1-5.15-17; Hch. 6:1-7.)

Día 9

Hag. 2:4

“¡Trabajad!” Al pueblo de Dios, no debe frenar en el trabajo la concentración en los propios intereses, ni la depresiva desesperanza, ni la mirada sentimental retrospectiva a los tiempos pasados. La tarea no debe cesar ni tampoco hacerse a medio interés. No debe suceder ni por amor a Dios, ni por amor a ellos mismos. Pues el Señor bendice donde las personas ponen Sus anhelos sobre sus corazones y las quieren llevar a cabo. Bajo la bendición de Dios cada tarea o labor se torna en bendición. No se trata en primer lugar acerca de las paredes, sino de aquello que se debe lograr por el trabajo, la alabanza a Dios y la comunión de Él con su pueblo. (Lea Sal. 100:1-5; Ap. 3:8-12.)

Es un privilegio pertenecer a los edificadores de Dios. Nuestro Señor quiere que estemos llenos de gozo y consuelo. Él no quiere que nos desanimemos ni por los obstáculos en nosotros mismos ni alrededor nuestro. Él quiere que sigamos adelante. No se refiere solamente a la generación de los jóvenes o de aquellos de edad mediana. También aquellos que ya están jubilados están llamados a colaborar en la edificación del reino de Dios.

Hace más de setenta años un hombre escribió lo siguiente: “Lo mayor que alguien pueda hacer por la causa de Dios y por los hombres, es la oración. No es lo único, pero lo más grande y incluye a todo lo demás. Las personas realmente grandes son aquellas que pueden orar. No me refiero a aquellas que dicen que creen en el poder de la oración, tampoco a aquellas que puedan explicar ese poder, sino a aquellas que se tomen tiempo y oran. Por medio de la oración exijo en base a la victoria que Jesús consiguió, que el enemigo se retire de cada lugar y de cada persona por los cuales estoy orando”. (Lea Hch. 12:5.11.12.17; Stg. 5:16b.)

Día 10

Hag. 2:4

“Yo estoy con vosotros”. ¡Qué grandiosa promesa! Ella no vale solamente para los llamados “grandes” en el reino de Dios. Ella vale para todos los 50 000 que vuelven, para los jóvenes como para los de edad avanzada y también vale para nosotros. “Yo estoy con vosotros”. Con esto Dios quita la distancia entre si mismo y el pueblo pecador, Él quita la separación por Su perdón. Aún más: Él promete Su poder y ayuda para la reedificación del templo.

¿Qué pueden hacer entonces las fuerzas contrarias? “Yo estoy con vosotros” es la garantía de Dios que prosperará la edificación. Sus posibilidades no están agotadas. Por eso no se queden pegados a los tiempos anteriores, no se fijen en números, “no miren lo sencillo del material de construcción o los escombros” (H. Brandenburg). No midáis sólo vuestras fuerzas, miradme a mí, yo estoy con vosotros. (Lea Is. 40:26-31.)

Aunque no sabemos lo que nos depara el futuro y si los acontecimientos globales de nuestros días fueran el comienzo de la historia final, queda la firme realidad: Dios tiene tareas, muchas tareas para todos aquellos que pueden amar y sufrir como sacerdotes.

“Muchas cosas ya se derrumbaron, otras aun se quebrarán y entonces de los escombros no saldrá algo nuevo, si no hay personas por medio de las cuales Dios puede obrar algo nuevo. Dios no actúa en la historia del mundo sin nuestra colaboración. Él no obra antes de haber preparado a personas como portadoras de Su actuar. Dios busca personalidades en las que puedan manifestarse sus poderes creativos. Pues Dios no ha terminado todavía” (J. Kroeker).

¡Qué bueno que vivió Hageo! Esto era lo especial de los siervos de Dios del antiguo pacto que no perdieron la esperanza para el futuro. Eran hombres de lo nuevo, lo eterno. Ellos no permitieron a que se opacara su mirada del futuro. (Lea Is. 52:9.10; Jer. 31:3-6; 33:6-11.15.16.)

Día 11

Hag. 2:5

La segunda promesa: Mi promesa vale aún. ¿En qué palabra de Dios, que Él había dicho cuando el pueblo salía de Egipto, habrá pensado Hageo? No se nos dice claramente. Pero una aclaración de Dios llama mucho la atención: Éx. 19:4-6. Esto queda bien firme:

- “Vosotros seréis mi especial tesoro”. Aquí se refiere a algo muy especial. La palabra hebrea expresa una grandísima preciosura, que pueden conseguirse solamente los reyes. Para el Señor Israel, es como una joya en la corona, buscada y entresacada de todos los demás pueblos. Israel, “el primogénito de Dios”, que está sobre Su corazón. Ellos mismos no pueden pretender ningún derecho, no hay razón para engrandecerse. (Lea Dt. 7:7.8a.)

El pueblo de Dios solamente debe admirarse por la elección de Dios. Por Su declaración y promesa: Tú eres mío. Tú eres precioso para mí. Yo estaré contigo. Con esa elección Dios también les dio una tarea. Israel no debe señorear en el mundo, sino servir. Dios llamó a sus hijos para el servicio. Ellos deben ser de bendición para otros pueblos.

- “Vosotros me seréis un reino de sacerdotes”. La tarea de los sacerdotes es el rol de ser mediadores. Por medio de ellos los demás se deben dar cuenta cual es la voluntad de Dios, pero también ellos deben llevar ante Dios las peticiones y aflicciones de sus conciudadanos. A este servicio es llamado el pueblo de Israel y también nosotros. (Lea Lc. 1:68-75.)

- “Vosotros me seréis un reino de gente santa”. Israel es consagrado a Dios. Está separado de los demás pueblos para Dios, para tener comunión con Él y para servirle. (Lea Is. 43:21; Ap. 1:5b.6.)

Día 12

Éx. 19:4-6.8

Las tres promesas de Dios al pueblo de Israel se transfieren en el nuevo pacto a nosotros, los que seguimos a Jesús. También para nosotros vale lo que Pedro escribió hace casi dos mil años: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1.P. 2:9).

En Éx. 19 vemos aún una condición básica e importante: La elección de Dios y Su llamamiento, el privilegio de servirle, implica la necesidad de una respuesta. “Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos” (v.8). (Lea Jos. 24:13-18.22-24.)

Algunos creyentes tienen un texto bíblico especial con el cual el Señor los ha llamado y comisionado para el servicio. Muchos deben tener una promesa con la que el Señor les afirma Su presencia. Estas palabras valen para siempre. El Señor aun es Dios y cumple también en nuestra vida lo que dijo. Quizás hoy pregunte alguien si se puede animar por una promesa del Señor y poner en la balanza por primera vez o como confirmación nuevamente, para colaborar en la edificación del reino de Dios.

Llegamos a *la tercera motivación*: “*Mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis*” (Hag. 2:5). Para el pueblo de Israel es una afirmación agregada de la presencia de Dios y al mismo tiempo una señal de recordarles que ellos no lo lograrán por sus propias fuerzas. Dios lo afirma por una palabra personal a Zorobabel que leemos en Zac. 4:6: “Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”. (Lea 2.Co. 12:9.10.)

Día 13

Zac. 4:6

La construcción y finalización de la casa de Dios prosperará sólo por medio del Espíritu Santo, quiere decir en el poder de Dios. No alcanzarán poder ni riqueza humana, ni esfuerzos para finalizar la obra. Solamente por la permanente provisión del Espíritu Santo, por Su poder podrá el pueblo seguir trabajando y la edificación se logrará para la gloria de Dios. En nuestro tiempo y en nuestra situación vale lo mismo. También dependemos de la promesa: “Mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis”.

El Espíritu de Dios nos ayuda a vencer el temor. No debemos asustarnos por la tarea o labor, por más que nos parece demasiado grande. Tenga confianza: Dios le otorgará el poder del Espíritu Santo. Varios que están en alguna labor del reino de Dios batallan con el temor de que con el tiempo no poder soportar y entonces no llegar a la meta. Pero esto no nos debería preocupar. “Cristo vive para siempre, Cristo ama para siempre, Cristo es siempre y en cualquier lugar el que es el suficiente. Encomiéndese en Sus brazos. Busque sus fuerzas en Él. Deje que Él sea en su vida aquello que Dios había programado: sabiduría, justicia, santificación y redención” (F. B. Meyer). (Lea 1.Co. 1:26-31.)

3. La grandiosa promesa: Hag. 2:9

“La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos”. Hageo vio como profeta lo que otros no veían. Aunque tenía en cuenta la realidad: “¿No se ve como nada?” Sin embargo él no pierde la esperanza. Él ve al Dios Todopoderoso, el que sigue haciendo Su obra y la va a terminar maravillosamente.

Día 14

Hag. 2:9

La promesa de Dios señala mucho más allá del tiempo de Hageo hacia el futuro. Este anuncio del Señor se ha cumplido varias veces: “El primer cumplimiento aconteció bajo Herodes, quien hermoseó al templo a que fuere el octavo milagro mundial. Sus paredes blancas con sus placas de oro brillaban como ‘la espuma en el mar’. El segundo cumplimiento fue la muerte de cruz del Señor Jesús y el derramamiento del Espíritu Santo” (G. Maier).

En el Nuevo Testamento la iglesia de Jesús es el templo de Dios, según Ef. 2:22. Este templo es “la iglesia de aquel que por Su muerte de cruz deshizo la función del templo de Herodes y en tres días edificó un nuevo templo. Aquel templo en el Señor que se está edificando es la iglesia, para ser morada de Dios en el Espíritu” (H. Brandenburg). Un tercer cumplimiento será la nueva Jerusalén. En Ap. 21:22 leemos: “Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero”.

Nosotros hoy vivimos “entre” el segundo y el tercer cumplimiento. Debemos pensar: Detrás de nuestros quehaceres diarios, que muchas veces son bastante duros, está la edificación del templo que Dios mismo efectúa y finalmente Él mismo será el templo. Aunque nuestro lugar de edificación fuere incompleto, nuestra tarea vale según la promesa de 1.Co. 15:58.

Por eso Hageo nos hace saber: ¡Manténgase en el lugar de la edificación! Lo importante no está tras suyo, sino adelante. Allí donde está usted edificando, el Señor quiere dar paz y salvación. Porque esto es verdad, podemos ir confiadamente a nuestro lugar de construcción, sabiendo: El Señor está conmigo. Su palabra vale. Su Espíritu está en mí y quedará entre nosotros. No tengo que temer. (Lea Jn. 14:16.17.26.27; Ro. 8:15; 2.Ti. 1:7-14; Ap. 21:1-7.)